

El Balneario Marítimo como Espacio Utópico: los casos de Portmeirion (Gales), Thorpeness (Inglaterra), Pedernales (España) y Piriápolis (Uruguay)

**John K. Walton, Institute of Northern Studies, Leeds Metropolitan University,
Reino Unido**

El desarrollo del balneario marítimo como aspecto clave del turismo internacional a través del mundo ha suscitado el crecimiento de una multiplicidad de ciudades de turismo de playa, empezando en la Inglaterra del siglo XVIII y extendiéndose por todos los continentes poblados. Los historiadores que han empezado a estudiar este fenómeno, aspecto importante de la 'industria del ocio' y de la historia urbana, han concentrado sus esfuerzos en las grandes ciudades balnearias, como Brighton y Blackpool (Inglaterra), Niza (Francia), San Sebastián (España), Rimini (Italia), Atlantic City (Estados Unidos), Mar del Plata (Argentina) y Acapulco (México), o las ciudades de menor extensión pero muy 'de moda' como Biarritz (Francia) o Newport (Estados Unidos).¹ Esta ponencia dirige la mirada a otro tipo de balneario marítimo, la pequeña colonia de vacaciones establecida por un empresario por motivos utópicos, tratando de construir un espacio de placer para llevar a habitantes y visitantes hacia un estado de perfecta tranquilidad y de aislamiento de los problemas del mundo exterior. Propongo un análisis comparativo de cuatro pueblos marítimos de este tipo, situados en cuatro países (Inglaterra, Gales, España e Uruguay), planificados y construidos desde principios del siglo XX por motivos opuestos (socialismo utópico, humanitario paternalista, arquitectónico/estético y como modelo de demostración de lo que pudiera ser un pueblo balneario planificado). Los promotores de estas urbanizaciones tenían varios antecedentes: contratista/periodista/escritor, abogado/director de una entidad financiera, terrateniente/autor dramático, y arquitecto/conservacionista/hijo de clérigo anglicano. La complejidad de algunas de estas identidades individuales resulta notable, como veremos. Intento presentar una historia comparativa de este tipo de colonia marítima para comentar lo exitoso y lo problemático de su desarrollo histórico e sugerir lo que podría significar en términos generales tales iniciativas en tales sitios y culturas separados por tantos kilómetros y tantas horas de viaje.

El 'descubrimiento' del mar y de los paisajes costeros como sitios hermosos, sublimes, pintorescos, emocionantes, románticos y saludables, un fenómeno que tenía sus orígenes modernos en la Europa del norte durante los siglos XVII y XVIII, posibilitó el desarrollo de unas percepciones 'cultivadas' que veían las costas, y a veces sus comunidades 'tradicionales' como espacios utópicos para volver a la vida sencilla, practicar las artes y contemplar la naturaleza.² La popularidad creciente de las vacaciones a orillas del mar durante los siglos XIX y XX estimulaba a la planificación por algunos empresarios de pueblos marítimos para realizar sus sueños de la perfecta comunidad y para hacer buen negocio de los que querían habitar o visitar tal sitio, explotando a la vez la moda de disfrutar del ocio marítimo, y la búsqueda de la tranquilidad y, digamos, de la exclusividad. Había, por supuesto, muchas comunidades utópicas (por ejemplo, las de Robert Owen) que no se fundaban a orillas del mar, buscando el aislamiento y la tranquilidad del campo o de la sierra; pero el ambiente costero tenía muchos alicientes para los promotores de los espacios utópicos comerciales.³ He aquí algunos de los raíces del fenómeno que analizaremos en las páginas siguientes.

Hay que reconocer al comienzo de esta ponencia que el argumento que sigue trata de una minoría pequeña de los balnearios marítimos multitudinarios que se establecían a principios del siglo XX por muchas partes del mundo. Pero se puede avanzar también la proposición que encontramos aquí un puñado de ejemplos que no resultan típicos, sino reveladores. Se establecieron durante los siglos XIX y XX una multitud de poblaciones balnearias, por todas partes del mundo y de varios tipos: el pueblo pesquero pintoresco que adquirió su temporada de baños y comunidad artística; la población balnearia planificada desde su origen por un terrateniente, empresario o sociedad anónima por motivos más o menos comerciales; la población que crecía de manera espontánea y especulativa alrededor de una playa u otro sitio marítimo atractivo; el pueblo balneario muy informal compuesto de casetas construidas de antiguos coches de ferrocarril o de tranvía sobre tierras baratas casi sin valor agrícola; la colonia balnearia de vacaciones para mejorar la salud de los niños deprimidos de los barrios obreros y introducirles a las influencias calmantes de la naturaleza y la tranquilidad rural; los campamentos planificados, a veces comerciales, a veces organizados por sindicatos, cooperativas, entidades religiosas o hasta partidos políticos o obras sociales de los gobiernos autoritarios; y por fin las tentativas hacia la realización marítima de los sueños de los dictadores, como el proyecto de balneario popular planificado e empezado por el régimen de Hitler a Prora, en la costa báltica, hacia fines de los años treinta.⁴

La mayoría de los estudios académicos de las fortunas de los balnearios marítimos han prestado atención a los que más éxito han alcanzado, según indicadores convencionales como número de habitantes, extensión de la zona edificada, número de visitantes, prosperidad de las empresas turísticas, etc. La aproximación preferida por los practicantes de 'estudios turísticos' ha sido el 'ciclo vital del área turística' (TALC), que supone un crecimiento estándar de cada sitio de turismo, pasando desde 'descubrimiento' hasta 'superdesarrollo', 'estancamiento', y entonces 'decaimiento', si no monte una campaña exitosa para regenerar y reinventar la identidad turística de la población.⁵ Esta ortodoxia empieza a dejar paso a otras maneras de entender las últimas etapas del 'ciclo'; pero hay que pensar también en la mayoría de los pueblos balnearios (y que viven por la oferta de otros tipos de turismo), los que no pasan de ser pequeños y de vivir tranquilamente temporada tras temporada sin encontrar los problemas de expansión y 'superdesarrollo'.⁶ Esta ponencia investiga cuatro ejemplos de este tipo de balneario 'olvidado', que representan algunas variedades del tipo distinto de balneario creado y desarrollado por un individuo poderoso con ideas distintivas y hasta excéntricas.

Introducción a los balnearios y a sus promotores

Los cuatro casos que analizamos tienen en común un rechazo de los modelos existentes de desarrollo urbano, por parte de individuos o grupos empresariales que mostraban fuerza económica, decisión, autoconfianza e una visión distintiva de lo que querían fomentar y realizar. Francisco Piria, el fundador del epónimo pueblo balneario uruguayo, era contratista y promotor de urbanizaciones en Montevideo, y también autor de novelas románticas y libros de viaje, periodista, político (en 1919 trató de establecer un tercer partido político uruguayo), y creador del periódico de oposición política *La Tribuna Popular*. Se interesaba por el desarrollo del distrito del cerro Pan de Azúcar, en la costa de Maldonado, desde 1890, empezando por asuntos mineros y agrónomos pero cambiando el énfasis hacia el turismo de playa desde

principios del nuevo siglo, abriendo el primer hotel del balneario en 1902 y su Gran Hotel Piriápolis en 1905.⁷ Hacia fines del siglo XIX había mostrado su falta de conformidad con la planificación (o mejor, falta de planificación) urbana de su época, a la hora de escribir su libro *El Socialismo Triunfante* (1898), en el que, respondiendo claramente a la influencia de la famosa novela *Looking Backward* del escritor norteamericano Edward Bellamy, imaginó una futura sociedad utópica, con edificios y tecnologías avanzadas y que no tenía nada que ver con el desarrollo corriente de la capital de su país, en el que él mismo tomaba parte; y resulta claro que el proyecto de Piriápolis formaba una parte emblemática de esta visión del futuro.⁸

El caso de Pedernales, ahora Sukarrieta, en la Ría de Gernika vasca, era distinto, pero importante. Era un proyecto de los años veinte, llevado a cabo por la Caja de Ahorros de la ciudad vecina de Bilbao, capital de la provincia de Vizcaya, para mejorar la salud de los niños de la clase obrera que vivían en los distritos pobres de esta capital y de las villas mineras e industriales a orillas del río Nervión. ‘El auténtico impulsor’ del proyecto era Eliseo Migoya, abogado y jefe de la hacienda del ayuntamiento de Bilbao, y después director de la Caja de Ahorros. Migoya llegó a ser, según la historia conmemorativa de la colonia, su ‘verdadero “pater-familias”’. Se acostumbraba a visitar la colonia cada verano desde su casa en el pueblo vecino de Busturia. La junta directiva compró la propiedad de Pedernales del gran naviero, industrial y anglófilo Sir Ramón de la Sota para construir una colonia en la que (al comienzo) ochenta niños y niñas, elegidos entre las familias con menos recursos, pudieran vivir algunas semanas a orillas del mar para recuperarse y fortalecerse contra los problemas de salud y ambiente que encontraban en la vida cotidiana de los barrios bajos industriales. Fue una respuesta caritativa (había otras también) llevado a cabo por una empresa financiera provincial contra las malas consecuencias de la industrialización y urbanización incontrolada que empezó en la Ría de Bilbao hacia fines del siglo XIX y continuaba todavía a la época de la fundación de la colonia.⁹

En Inglaterra, el pueblo balneario de Thorpeness era otra cosa también: aquí las capitales del fundador eran de origen tradicional, derivadas de una hacienda muy extensa cerca de la costa del este de Inglaterra, y de una familia casi aristócrata, y el motivo dominante era construir un espacio exclusivo y planificado (de manera informal) que se distase de los balnearios populares formales y aburridos u informales y demócratas que se proliferaban por las costas vecinas. El periodista Simon Hoggart comentó recientemente este balneario excéntrico inglés, situado en la costa de la región inglesa llamada East Anglia: ‘Parecía que un tornado hubiese pasado por, digamos, Harrow (nuevo suburbio londinense de los años veinte y treinta con muchas casas grandes de estilo ‘mock Tudor’, presentándose como de construcción antigua y tradicional), y depositado algunas veintenas de casas estilo siglo dieciséis cerca de esta playa guijarrosa para crear un pueblo idílico de vacaciones.’¹⁰ Era la realización de la fantasía de G. Stuart Ogilvie, terrateniente y heredero de la hacienda de Sizewell, abogado nunca practicante, autor dramático, y amigo de J.M. Barrie, autor de *Peter Pan*, empezando pocos años antes de la primera guerra mundial y atrayendo a una clientela aristocrática y políticamente conservadora.¹¹

El cuarto caso era quizás el más excéntrico e individuo de toda la ‘muestra’, una protesta práctica contra las tendencias arquitectónicas modernistas y conformistas y contra la destrucción del patrimonio arquitectónico de los años veinte y treinta. Portmeirion ocupa una península remota al noroeste de Gales, siendo un proyecto

arquitectónico y planificador muy informal, cuyo enfoque dominante ha sido más las colinas, bosques, jardines y especialmente los edificios excéntricos distribuidos por este ambiente accidentado de naturaleza y mar, que la vida de playa u el uso lúdico del mar de un balneario convencional.¹² El pueblo alcanzó una notoriedad internacional por haber sido el escenario de la serie de televisión británica *The Prisoner* (1966-7), con Patrick McGoohan, que guarda todavía sus sociedades de seguidores fanáticos distribuidas por muchos países.¹³ Su fundador, en 1925, era el distinguido arquitecto, planificador y conservacionista Clough Williams-Ellis, hijo de un clérigo y terrateniente galés (su madre había heredado algunas canteras lucrativas de pizarra), una figura que llevaba mucha influencia en el mundo intelectual de Londres y que tenía enchufe política al nivel nacional, amigo de los pensadores influyentes en el mundo de la teoría y práctica de la planificación urbana, Patrick Geddes y Patrick Abercrombie. Williams-Ellis se presentaba de manera distintiva, ‘arrojado, fuerte y elegante’, andando a pasos largos por las colinas de su territorio galés, llevando habitualmente calcetas amarillas y corbata francesa, como nos informa su biógrafo.¹⁴

Antes de comentar algunos temas interpretativos que se presentan a la hora de contemplar las historias distintivas de estos lugares impresionantes y atractivos, tenemos que ampliar las descripciones de los sitios, interpretar las trayectorias de sus historias, y explicar las personalidades de los creadores, nada menos, de los ambientes de estos balnearios pequeños pero duraderos y, en sentidos importantes, exitosos. Empezamos a orillas del estuario del río de la Plata, con la colonia balnearia de Piriápolis.

Piriápolis

Piriápolis formaba parte – una parte distintiva, y en efecto única - del desarrollo de una red de balnearios marítimos que empezaba hacia fines del siglo XIX en ambos lados del Río de la Plata, y que reclutaba a visitantes de las ciudades y economías crecientes de Uruguay y Argentina.¹⁵ Lo que aparecía aquí era una variación híbrida del balneario marítimo europeo, una invención inglesa del siglo XVIII que llegó a la América Latina por la Francia de principios del siglo XIX y la España de los años veinte y treinta del mismo siglo, adaptándose a las costumbres y preferencias locales y olvidando los orígenes ingleses de las prácticas balnearias.¹⁶ Hacia fines del siglo XIX Montevideo estaba desarrollando sus parques, bulevares y suburbios marítimos según modelos importados directamente desde Europa, y atrayendo a turistas adinerados de Buenos Aires y de otras partes de Argentina. Dentro de todas estas actividades, se destaca la obra de Francisco Piria, mente organizador y creador del balneario que llevaba su nombre, quizás el balneario más grande del mundo que era el producto de una única visión individual.¹⁷

¿Quién era este Francisco Piria? Nació en el Montevideo de 1847, hijo de inmigrantes llegados desde Genoa, al noroeste de la península italiana. Empezó su carrera vendiendo relojes, pero encontró éxito financiero por la compra, planificación y venta de tierras en la Montevideo de las últimas décadas del siglo XIX, una época de expansión muy rápida en esta capital, respondiendo a la prosperidad de la agricultura uruguaya y a la llegada de flujos migratorios desde varios países europeos.¹⁸ Piria operaba a gran escala. En diciembre de 1898, por ejemplo, ofreció en venta 217 solares en las periferias de Montevideo, ‘a largas plazas y pequeñísimas

mensualidades' (Barrio Trouville) y 'en condiciones de pago al alcance del más pobre' (Barrio Jacinto Vera).¹⁹ Hacia fines de la década de los ochenta hizo una compra muy extensiva de terrenos alrededor de lo que sería el sitio de Piriápolis, entre Cerro Pan de Azúcar, uno de los cumbres de más altura de todo el país, y la desembocadura del estuario del Río de la Plata.

Empezó por invertir en la agricultura y especialmente la silvicultura de su parte de la provincia de Maldonado, y construyó un 'castillo' grande y de arquitectura bastante convencional como casa de campo, terminando esta obra inicial entre 1894 y 1897. Sabía recuperarse de la destrucción de sus plantaciones por enjambres de langostas a fines de la década de los noventa, y en 1902 empezó a desarrollar 'su' balneario, construyendo el primer hotel a orillas del estuario. Sostenía los flujos necesarios de fondos entre 1903 y 1907 por el desarrollo de una serie de distritos residenciales en las cercanías de Montevideo, culminando en la construcción de algunos distritos cuyas calles llevaron los nombres de matemáticos, científicos, y médicos que habían avanzado las fronteras de la medicina: Pasteur, Lister, Koch. Piria llegó a ser, por fin, el fundador de 70 de los barrios de la ciudad de Montevideo.²⁰

Después de 1910 empezó de manera sistemática el desarrollo de Piriápolis como balneario planificado, mientras que tomaba parte en las polémicas que surgían alrededor del proyectado Parque Urbano de la capital, que hubiera afectado a tierras suyas.²¹ Dentro de pocos años, en 1916, se abrió el ferrocarril de vía estrecha que conectaba el nuevo pueblo con el sistema nacional al empalme de Pan de Azúcar. Al mismo tiempo construía un gran puerto para permitir la llegada de vapores desde Montevideo y Buenos Aires, conectando el nuevo balneario con sus principales fuentes de riqueza turística, especialmente el mercado argentino. La primera embarcación de pasajeros llegó al nuevo puerto desde Montevideo en 1914, dos años después de la subasta de las primeras tierras del balneario que tuvo lugar en los dos capitales rioplatenses. En 1918 Piria lanzó una campana grande de publicidad en Buenos Aires, con una inversión de 15.000 pesos; y a principios de la década de los 1920, a pesar de sus más de setenta años de edad, empezó con un programa enorme de planificación y edificación: avenidas, paseos, parques, el Templo de Venus, y por fin y cumbre de sus esfuerzos, el magnífico Argentino Hotel de 1930, quizás el más lujoso de toda la América Latina, un edificio masivo de estilo Art Deco y construido del mármol amarillo distintivo de las canteras locales de las que Piria se mostraba tan orgulloso.²²

La muerte de Piria, en 1933, restó el dinamismo de su balneario. Una carta que escribió a uno de los pioneros de la explotación de la playa vecina de Punta del Este, poco antes de su muerte, explicó que mientras que Piriápolis mostraba una expansión impresionante, aún quedaba mucho que hacer. Cabía la posibilidad, según Piria, de desarrollar la costa entera de su país como destino turístico para los habitantes de la Argentina, que continuaría a crecer y enriquecerse a pesar de los problemas de la época. 'Hay que luchar por el intercambio de turistas, que es con lo que prosperan mutuamente los pueblos y se enriquecen las poblaciones.'²³ Pero no se podía sostener el crecimiento del balneario frente a la competencia contra Mar del Plata y los demás balnearios argentinos, y a la rivalidad más cercana de Punta del Este; y Piriápolis, con todos los inconvenientes del viaje por tren y (como se decía afectuosamente) 'trencito' desde Montevideo y haciendo enlace en la estación de Pan de Azúcar, entró en una época de estancamiento. En 1934 un habitante modesto de Montevideo podría

haber pasado un domingo de verano a Piriápolis, viajando por los 110 kilómetros por tren especial que partió de Montevideo a la hora madrugadora de las seis y cinco, sufriendo un viaje de ida que duró casi tres horas (la vuelta resultó aún más lento), para volver a la Estación Central a las diez y cuarto de la noche.²⁴ Pero la prensa de la capital, enfatizando el éxito de la primera temporada después de la muerte de Piria, comentó la ‘larga caravana de automóviles’ que ‘llegó hasta este balneario que se vio concurrido por miles de personas’. Piriápolis era ‘hoy el lugar predilecto para el turismo rioplatense, pues ofrece a quienes le visitan maravillosos panoramas como ninguna otra localidad del país: cerros soberbios, valles dilatados, bosques inmensos, grandes parques y una estupenda rambla.’²⁵

Resulta significativo tal énfasis sobre la naturaleza. Es lo que había llamado la atención de Piria la primera vez que llegó al sitio del futuro balneario. Intentó planificar una ciudad idílica en la que la arquitectura y la naturaleza actuaban en armonía para crear una hermosa unidad de experiencia. Había indicado lo que esperaba en 1898, hacia fines de su novela utópica *El Socialismo Triunfante*, en la que su autor presenta la Piriápolis imaginada de 2098, un colmena humano zumbando de actividades de todos tipos en el que pasan y repasan una serie interminable de trenes de mercancías, propulsados por aire comprimido, trayendo los productos de minas, canteras y agricultura al puerto de Piriápolis, mientras que multitudes de gente disfrutaban de los parques y templos y del ambiente de la playa, y el nombre del fundador se repite con reverencia. El balneario que Piria llegó a construir nunca pudo realizar tal sueño imaginativo, con su pequeño (pero poderoso) ‘trecito’ de vapor, sus solares sin edificios, su arquitectura modernista pero convencional, sus visitantes adinerados (todavía había pobres y quedaban efectivamente excluidos, el contraste más significativo con la sociedad imaginaria de su libro), y su paseo marítimo bien construido pero dos veces más largo que la primera línea de edificios. Piria nunca llegó a construir viviendas adecuadas para la clase obrera de Piriápolis, y en 1916 estalló una huelga general en vísperas del comienzo de la temporada de verano, algo no habitual en tales poblaciones. El balneario actual resulta atractivo, y quizás más atractivo que la sociedad del futuro según el libro. El ‘utopía’ de Piria era una ‘tecnología’, fundada en los más minuciosos principios de la planificación urbana racionalista, una sociedad ejerciendo controles sociales muy estrechos y una población numerosísima, con muchedumbres por todas partes: no parece, según el sistema de valores de la novela, ni posible ni deseable buscar la soledad o hasta la tranquilidad.²⁶

Lo agradable del Piriápolis de hoy resulta de la informalidad y extensión limitada del área edificado. No se puede entender donde hubiera cabido una ciudad del tamaño proyectado en el texto de la novela. El pequeño balneario casi cesó de crecer en el momento de la muerte de su fundador. Llevó el nombre de Piria, como insistió, como una respuesta fuerte y jocosa a las bromas de sus enemigos: hubiera preferido calificar a su balneario como Heliópolis, una preferencia que algunos comentaristas han conectado con los elementos místicos y alquimistas que se observa en el pensamiento de Piria. Tales interpretaciones de Piria pretenden trazar ‘el contratista mago’ por los temas de sus escritos y los símbolos de la arquitectura y planificación de la población.²⁷ La población (fuera de la temporada) nunca ha sobrepasado alrededor de ocho mil habitantes, y después de la muerte de Piria (y los problemas subsecuentes que surgían de una herencia disputada y la necesidad de pagar los impuestos sobre su propiedad) los edificios claves pasaron por tiempos difíciles. El Gran Hotel original

llegó a ser colonia de vacaciones. Pero la mayoría de los hoteles Art Deco de los años treinta han sobrevivido como tales, el paseo marítimo continúa todavía por casi toda la ribera de la bahía, y el imagen de Piriápolis parece mejor que durante la segunda mitad del siglo XX. El ferrocarril se cerró hace muchos años, pero existe todavía (o por lo menos existía en 2003) un museo que posibilita una comparación entre el ferrocarril que se operaba y el de los sueños de su creador. Es cierto que Piria era un contratista inusual, más místico y visionario que lo normal; y quedan muchas posibilidades para investigar la historia más amplia de su vida, su pensamiento y su población balnearia, que constituía una realización impresionante que pocas personas hubieran podido alcanzar.

Pedernales/Sukarrieta

Piriápolis resultó el más grande, y el más de moda en el sentido convencional de atraer al mundo adinerado e internacional, de los casos estudiados aquí. Pedernales, por su parte, respondía a las preocupaciones paternalistas del máximo dirigente de una empresa financiera, una entidad que tenía que adoptar una política conservadora en términos generales (algo que constituye un contraste marcado con el ‘socialismo’ de Francisco Piria) sin identificarse con ningún partido político específico; pero una entidad colectiva que se representaba como defensor de los intereses de la provincia entera, y que reconocía sus deberes sociales hacia los ciudadanos con recursos limitados que vivían bajo la amenaza permanente de pobreza, enfermedad y hambre. En otro sentido también, este balneario se sitúa en una tradición distinta, la de las colonias de vacaciones que tiene su origen en la Italia y la Suiza del siglo XIX y se conecta con las luchas contra la tuberculosis y las síntomas de la pobreza, y con el temor de la ‘degeneración de la raza’ y de la revolución en las calles como consecuencia de las circunstancias desastrosas (falta de higiene, de educación, etc.) de los habitantes de los barrios bajos de las grandes ciudades industriales. He aquí otra iniciativa que tiene sus ejemplares en la América Latina; y el proyecto de investigación europea dirigido por Valter Balducci nos ofrece un contexto para interpretar el caso de Pedernales, que parece inspirado especialmente por las obras del padre Bion en la Suiza del último cuarto del siglo XIX.²⁸ Los énfasis en la dieta amplia y nutritiva, los pasatiempos y deportes al aire libre, y el contacto con la naturaleza, corresponden exactamente con los puntos clave de los escritos de Bion. Se nota también las ‘cuatro vacas suizas’ que producían la leche que consumían diariamente los niños de la colonia.²⁹

La colonia de Pedernales fue la realización de un objetivo que había perseguido el ayuntamiento de Bilbao desde hacia fines del siglo XIX, con colonias no permanentes en varios sitios de la costa vizcaína. Abrió sus puertas en 1925, un acontecimiento que provocó un elogio del periódico bilbaíno *El Liberal*: ‘...en la colonia no falta de nada: consultas médicas, modernísimos cuartos de ducha, jardines ingleses, una playa en forma de concha cara a la isla de San Antonio, solanas con sillas plegables, un salón de recreo donde existen hasta aparatos de cinematografía, escuelas amplias y ventiladas...’³⁰ Había también, después de 1928, una playa artificial con arena y lámparas de ‘sol artificial’ para compensar la falta de oportunidades para pasar tiempo en la playa a orillas del mar. En las fotos de esta ‘playa’ miramos a una monja observando desde una silla plegable el juego de los niños, todos llevando gafas de sol. El arquitecto de la colonia, Ricardo Bastida, arquitecto municipal de Bilbao durante más de cincuenta años, ‘diseñó desde los edificios hasta las farolas y los armarios’,

adoptando un estilo vasco rural o ‘regionalista’ que adoptó desde 1918.³¹ Una versión de tal estilo llegó a ser muy ‘de moda’ por las urbanizaciones residenciales de toda la costa vasca durante los años veinte y treinta.³² El uso de este estilo ‘regionalista’ responde a la influencia creciente del ambiente nacionalista del País Vasco de esta época, y se destaca el contraste con la arquitectura modernista, ‘racionalista’ y casi sin ornamentación que dominaba en las colonias italianas y de otras partes de Europa desde los años veinte.³³

La identidad católica de Pedernales, por lo menos hasta la transición a la democracia, forma otro contraste con los demás balnearios, y especialmente Piriápolis. La Caja de Ahorros confió la gerencia de la colonia desde su origen a las monjas de la Orden de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, y la atmósfera religiosa que acompañaba la educación de los niños en este ambiente distintivo persistía hasta el cambio de régimen de 1982, cuando la colonia respondió a los cambios sociales recientes por un nuevo énfasis en estancias de corta duración para facilitar la práctica de los deportes y la educación ambiental. Fundado durante la dictadura de Primo de Rivera, la colonia de Pedernales se amplió en 1928 por la construcción de un nuevo pabellón, sobrevivió los tiempos difíciles de la Segunda República, continúa su obra durante y después de la Guerra Civil, compró terrenos adicionales en 1935 y 1942 para extender el área del cultivo y protegerse contra posibles proyectos especulativos incómodos en los terrenos adyacentes, y pasó por la transición a la democracia al nuevo régimen de las comunidades autónomas. Fue visitada por representantes de casi todas las tendencias políticas: desde el mismísimo Primo de Rivera y el rey Alfonso XIII hasta el jefe de gobierno de la Segunda República en 1933, Manuel Azaña, las feministas pioneras Victoria Kent y Clara Campoamor, el socialista Indalecio Prieto (como ministro de obras públicas) – y no olvidemos el equipo de fútbol del Athletic de Bilbao. La mayoría de los balnearios (Thorpeness sería una excepción: no se podría olvidar el conservadurismo de su propietario, en todos sentidos) preferían evitar el tener fama de ser el lugar preferido de una facción política, pero en este caso la semblanza de neutralidad, pese a la influencia tan obvia de la iglesia católica (que importaba menos en el País Vasco que, digamos, en Cataluña), era totalmente necesario para garantizar el apoyo de las autoridades municipales y provinciales.³⁴

Thorpeness

El creador del balneario inglés de Thorpeness, G. Stuart Ogilvie, era también conservador y paternalista, por lo menos cuando se trata de su comportamiento hacia sus inquilinos (granjeros y pequeños comerciantes) y hacia los peones que trabajaba en la construcción y mantenimiento de las obras de su utopía personal. Heredó en 1908, de manera inesperada, la hacienda extensiva de Sizewell House, en el ambiente rural de la costa del condado de Suffolk.³⁵ Ogilvie intentó construir un balneario exclusivo para las familias de la clase media acomodada, parecido en este sentido (solamente) a la población balnearia vecina de Frinton, que se destaca en Inglaterra por su esnobismo y formalismo, por sus restricciones sobre el uso de los espacios deseables, y por la ausencia forzada de entretenimientos populares.³⁶

Ogilvie prefería algo informal, un balneario que no necesitaría los reglamentos habituales para gobernar la manera de presentarse en sitios públicos, y donde los niños podían jugar enérgicamente y hacer ruido en las playas y espacios abiertos sin preocuparse de las reacciones de los ‘respetables’. Invirtió tiempo y recursos en el

arreglo de los paisajes de este pueblecito remoto, excavando un lago para botes de paseo, y construyendo un centro de recreo que funcionaría de la misma manera del casino de un balneario francés, como punto de reunión de las familias visitantes y punto de organización de los deportes y torneos que compartían los visitantes. Se interesaba especialmente por las familias y los niños, y también por la provisión de los deportes preferidos por las clases adineradas, como el golf y el tenis. Las casas de vacaciones que construyó imitaron un pueblo ideal de los siglos XVI o XVII, que hubiera crecido orgánicamente; pero la apariencia antigua e informal ocultaba la planificación precisa de Ogilvie y su uso sistemático de materias modernas – el hormigón, especialmente – y la madera de construcción de importación reciente, disfrazada para presentar la ilusión óptica de un pueblo antiguo.³⁷

Esta obra de Ogilvie constituyó una reacción contra el ‘típico’ balneario inglés de la época, con sus pensiones y quizás su gran hotel arreglado de manera convencional alrededor de la estación ferrocarril, con su paseo marítimo formal y malecón o embarcadero con banda de música, sus rutinas aburridas (comentadas cada verano en las páginas del periódico humorístico *Punch*) y sus ya tradicionales entretenimientos itinerarios (canciones, música malísima, diversiones humorísticas al aire libre) y vendedores ambulantes. Rechazó también las aglomeraciones de chabolas construidas de antiguos carruajes de ferrocarril o de tranvía que proliferaban como sitios de vacaciones baratas dondequiera se encontraban tierras baratas e accesibles, y no le gustaba la posible presencia de la clase obrera que llegaba en muchos sitios costeros por los trenes botijos del fin de semana.³⁸ Por eso no le puso ningún problema la distancia de algunas millas desde la próxima estación, situada en un ramal tranquilo muy lejos de las rutas importantes que radiaba de la capital nacional y de los centros de población industrial. Se interesaba excluir a estos mercados turísticos, no atraerlos, y organizó un autobús de apariencia curiosa para llevar a los visitantes desde la estación más próxima hasta Thorpeness. Lo que buscaba era desarrollar un espacio exclusivo para familias acomodadas que rechazaban las convenciones del mundo metropolitano y que compartían una preferencia por un ambiente de vacaciones que combinara la informalidad y hasta la excentricidad con la certitud de encontrar a gente parecida con gustos y opiniones compatibles. Lo que no era Thorpeness resultó tan importante que lo que era; pero lo que era resultaba distintivo y atrayente al segmento del mercado por lo que se interesaba el propietario.³⁹

Portmeirion

Portmeirion fue también el producto de la imaginación creativa de un arquitecto heterodoxo, cuya formación profesional en la Architectural Association británica terminó después de tres meses. Clough Williams-Ellis empezó su carrera poco antes de la primera guerra mundial; y después de haber participado en el conflicto como teniente en el ejército británico, volvió a diseñar casas de campo, capillas y monumentos conmemorativos en Inglaterra y Gales. Se interesaba por la preservación de edificios antiguos, y de las bellezas de paisajes (urbanos y rurales) y naturaleza. Desde 1926 era miembro fundador del Consejo para la Protección de la Inglaterra Rural, y aceptó un papel parecido desde 1928 en la organización gemela para Gales, actuando como presidente de aquella sociedad durante veinte años. Era también escritor, haciendo campaña en contra de la extensión caótica de suburbios feos por costa y campo, y mostrando a sus lectores lo que pudiera ser una bella población que guardaba y respetaba sus edificios y vistas históricos. Buscaba durante varios años un

sitio para construir el pueblo perfecto de sus sueños, y en 1925 compró la península galés en la que llegaría a realizar este proyecto.⁴⁰

Williams-Ellis intentó demostrar a Portmeirion que ‘la urbanización de un sitio de belleza natural no necesita su profanación, y que las buenas costumbres arquitectónicas pueden fomentar el buen negocio.’ Intentó también demostrar que construir un pueblo balneario podría ser divertido y hasta una fuente de alegría. Acumulaba edificios abandonados de todas partes de Inglaterra y Gales, transportándolos a su propia costa y creando lo que él mismo calificó como ‘este asilo para edificios perdidos (o caídos)’, que mezclaba los edificios recuperados y reconstruidos con construcciones nuevas eclécticas. Invitó a arquitectos, urbanistas, planificadores y artistas de todo el mundo para ver y comentar el progreso de este único pueblo, y publicó los comentarios favorables de Frank Lloyd Wright y Lewis Mumford. Tuvo la suerte de sobrevivir bastante años para dar por terminada la faena después de media centuria de creatividad, y para recibir el reconocimiento del gobierno británico, que calificó en 1973 el pueblo de Portmeirion como sitio protegido de patrimonio histórico. Según Williams-Ellis los visitantes a principios de los setenta llegaron por todas partes del mundo e incluyeron a ‘sociedades fotográficas y hortícola, grupos de estudiantes, grupos apoyados por el Consejo Británico, etc.’ Portmeirion recibía a 100.000 visitantes cada año, y a hasta 3.000 cada día, a pesar de las restricciones sobre la entrada durante los fines de semana de la alta temporada. Se puede argumentar que ha llegado a ser el más exitoso, y el más utópico, de los balnearios comentados en esta ponencia.⁴¹

Conclusiones

Los estudios casos que se ha analizado ponen necesariamente su énfasis dominante en los aspectos individuales, idiosincrásicos y hasta curiosos o excéntricos de cada pueblo o población balneario, y también de cada propietario. Sus arquitecturas eran distintas: modernista en Piriápolis, cuyo propietario siempre miraba al futuro; tradicionalista (pero con distintos énfasis) en Pedernales y Thorpeness; ecléctica y excéntrica en Portmeirion, con un tema de demostrar el cariño del promotor hacia los antiguos edificios desestimados por otros. Sus mercados dominantes también variaban: inglés de las clases alta y alta media en Thorpeness; internacional y de moda, de ambos lados del Río de la Plata, en Piriápolis; internacional y elitista en Portmeirion, pero con visitantes diarios de las clases más humildes; y, por supuesto, regional y de la clase obrera en Pedernales. Las diferencias eran importantes.

Pero se puede extraer y destacar algunos temas que tienen en común los cuatro balnearios investigados aquí, y quizás otros también. Lo más importante parece el papel del propietario, el creador, impulsor y controlador de estos espacios visionarios y utópicos. Fue él que eligió el sitio, planificó el pueblo balneario, eligió el estilo dominante de la arquitectura, decidió e impuso su reglamento, en todos casos sin ánimo de lucro. No digo que nunca buscaban ingresos – salvo en el caso de la iniciativa caritativa que sostenía el proyecto de Pedernales – pero que el interés por maximizar las ganancias nunca era dominante. Lo importante era crear y sostener un ambiente especial, idílico, para los que tenían la capacidad, la capital cultural, para disfrutarlo, y demostrar al resto del mundo lo que podría ser un pueblo balneario. Francisco Piria, emprendedor y hombre de negocios por excelencia, podría haber continuado en su línea establecida, sacando sus beneficios de la urbanización de

Montevideo y también de Buenos Aires. No sabemos cuantas ganancias recibió en recompensa de sus inversiones enormes en el distrito de Piriápolis, pero casi seguro que en este sentido limitado no resultó, comparativamente, un buen negocio. Clough Williams-Ellis trataba de recuperar algunos de los gastos de la construcción y el mantenimiento de Portmeirion por los arriendos de los inquilinos de las casas durante el verano, y por los ingresos del hotel; pero claro es que el proyecto Portmeirion era una aventura, una afición, un experimento y una obra de arte, pero nunca se puede calificarle como una empresa comercial. Se puede llegar a parecidas conclusiones en el caso de Thorpeness, en el que el pueblo balneario tenía que recibir subvenciones reiteradas de las rentas de las granjas de la hacienda.

Algo muy importante en todos los casos estudiados aquí era el control central sobre el acceso a e uso de los espacios públicos del pueblo. Piriápolis era el más ‘abierto’ de los balnearios, pero durante la vida de Piria necesitaba un viaje de tres o cuatro horas por tren o en coche desde Montevideo, o la compra de un billete de buque desde Montevideo o Buenos Aires, para llegar al balneario. Este sistema de ‘filtración’ aseguraba una población de visitantes bastante ‘respetable’, especialmente en los hoteles. Pese a las ideas expuestas en *El Socialismo Triunfante*, no tenía nada que ver ni con el ‘socialismo’ ni con la ‘democracia’: en la práctica era una utopía exclusiva.⁴² Algo parecido ocurrió a Thorpeness, donde la distancia entre la estación ferrocarril de Leiston y el balneario, después del viaje bastante largo desde la capital, actuaba también como un filtro excluyendo a los visitantes no deseables; y el hecho (cosa muy rara en Inglaterra) que la playa era la propiedad privada de la familia Ogilvie aseguró que toda persona ‘inapropiada’ podía ser expulsado al instante.⁴³ El acceso a Pedernales y a Portmeirion era vigilado por puertas con guardas salarios. En el caso de Pedernales tal sistema de regulación era necesario para proteger a los niños residentes, y en 1925 el ayuntamiento de Pedernales reconoció el guardián de la colonia como guarda-jurado para darle ‘la autoridad necesaria en previsión de cualquier hecho que pueda ocurrir y que reclame su intervención oportuna’.⁴⁴ En el caso de Portmeirion, Williams-Ellis impuso un peaje a los visitantes ‘casuales’, pagable a la entrada de su pueblo, para ‘restringir el número de visitantes a las dimensiones manejables’ y ‘contribuir a los gastos generales del mantenimiento de la propiedad’. Había más de veinte millas de veredas y senderos, y, según Williams-Ellis, ‘el flujo de visitantes resulta canalizado de tal manera que deja en paz al hotel y a los otros residentes.’⁴⁵ Lo que se destaca aquí es la importancia de disponer de tierras extensivas, para proporcionar suficiente espacio privado y público a los visitantes y residentes para evitar congestión y conflictos, y otorgar a todos la atmósfera relajada y tranquila que intentaba ofrecerles el propietario.

Los casos examinados aquí demuestran que resultó posible la construcción y el mantenimiento de pequeños balnearios con pretensiones a la oferta de una experiencia utópica a sus visitantes y residentes, pero que necesitaban ser controlado estrictamente por individuos, figuras dominantes con poder y recursos, para crear y sostener su ambiente distintivo. Los argumentos avanzados aquí dependen sobre todo de las fuentes creadas por los propietarios (o en el caso de Thorpeness, de sus familias), y necesitamos saber más de la realidad de la vida cotidiana de tales balnearios, y de los conflictos que surgían. La historia ‘oficial’ de Thorpeness nos informa de algunos ejemplos de tales problemas, y valdría la pena investigar un poquito más las dinámicas internas de tales poblaciones ‘modelas’ tan interesantes al historiador social.⁴⁶

-
- ¹ WALTON, John K. (2003). 'Seaside resort regions and their hinterlands in Western Europe and the Americas, from the late eighteenth century to the Second World War', en *Storia del Turismo*, Nápoles, 4, pp. 69-87; GRAY, Fred (2006). *Designing the Seaside*. Londres, Reaktion.
- ² CORBIN, A. (1994). *The Lure of the Sea*. Cambridge: Polity.
- ³ ARMYTAGE, W.H.G. (1961). *Heavens Below: Utopian Experiments in England 1560-1960*, Londres: Routledge; SUTTON, R.P. (2004). *Communal Utopias and the American Experience*. Westport, Conn.: Praeger Publishing.
- ⁴ WALTON, John K. (1997). 'Seaside resorts and maritime history', *International Journal of Maritime History* 9, pp. 125-47; HARDY, Dennis, y WARD, Colin (1984). *Arcadia for All: the Legacy of a Makeshift Landscape*, Londres: Mansell; WARD, Colin, y HARDY, Dennis (1986). *Goodnight Campers! The History of the British Holiday Camp*, Londres: Mansell; ARON, Cindy (1999). *Working at Play: A History of Vacations in the United States*, Nueva York: Oxford University Press; SPODE, Hasso (2004), 'Fordism, Mass Tourism and the Third Reich', *Journal of Social History* 38. Se puede encontrar imágenes corrientes de Prora (isla de Rügen) en <http://www.thirdreich.ru/prora.htm>
- ⁵ PRIESTLEY, G., y MUNDET, L. (1998). 'The post-stagnation stage of the resort cycle', *Annals of Tourism Research* 25, pp. 85-111; BAUM, T. (1998). 'Taking the exit route: extending the tourism area life cycle model', *Current Issues in Tourism* 1, pp. 167-75; AGARWAL, S. (2002). 'Restructuring seaside tourism: the resort lifecycle', *Annals of Tourism Research* 29, pp. 25-55.
- ⁶ PRIDEAUX, B. (2004). 'The resort development spectrum: the case of the Gold Coast, Australia', *Tourism Management* 6, pp. 26-58; GALE, T., y BOTTERILL, D. (2005). 'A realist agenda for tourism studies, or why destination areas really rise and fall in popularity', *Tourist Studies* 5, pp. 151-74.
- ⁷ 'Piriápolis y Francisco Piria, dos historias inseparables', <http://www.piriapolis.com/index> 16 de septiembre de 2007, una fuente comercial que no menciona el libro *El Socialismo Triunfante*.
- ⁸ PIRIA, Francisco (1898). *El Socialismo Triunfante. Lo que será mi País dentro de 200 años*. Segunda edición, 2002. Buenos Aires: Rutrin; BELLAMY, Edward (1888). *Looking Backward*, Boston, Mass.: Ticknor and Co.
- ⁹ BBK (2000). *La Colonia de Pedernales Sukarrieta, 1925-2000*. Bilbao: BBK (Bilbao Bizkaia Kutxa); GONZÁLEZ PORTILLA, M., ed. (2001). *Los Orígenes de una Metrópoli Industrial: la Ría de Bilbao*. 2 vols., Bilbao: Fundación BBVA.
- ¹⁰ HOGGART, S. (2007). 'Simon Hoggart's Week', *Guardian*. Londres, 25 de agosto.
- ¹¹ OGILVIE DE MILLE, Ailsa (1996). *One Man's Dream: the Story Behind G. Stuart Ogilvie and the creation of Thorpeness*. Londres: Nostalgia Publications.
- ¹² WILLIAMS-ELLIS, Clough (1973). *Portmeirion: the Place and its Meaning*. Portmeirion: Clough Williams-Ellis.
- ¹³ <http://www.portmeirion-village.com> 24 de septiembre de 2007.
- ¹⁴ ESHER, Lionel (2004), "(Bertram) Clough Williams-Ellis (1883-1978)", en *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford: Oxford University Press.
- ¹⁵ Véase especialmente MARTÍNEZ CHERRO, Luis, *Por los tiempos de Francisco Piria* (Montevideo: Banda Oriental, cuarta impresión, 2007), obra impresionante de historia local utilizando archivos privados incluso algunos de las empresas del mis mismo Piria.
- ¹⁶ MANTOBANI, J.M. (1997). 'Notas sobre el problema de la creación de los primeros balnearios argentinos a fines del siglo XX', *Scripta Nova* 11 (1).
- ¹⁷ PASTORIZA, E. (ed.), 2002). *Las puertas al mar* (Buenos Aires: Biblos, 2002); y otras obras suyas y del equipo de investigadores de la Universidad Nacional de Mar del Plata; y obras de Nelly da Cunha, tratando de las playas y parques de Montevideo.
- ¹⁸ DOBRININ, P., 'Francisco Piria y "El Socialismo Triunfante"', www.ucm.es/info/especulo/numero32/frpiria.html 23 de septiembre de 2007.
- ¹⁹ *El Día* (Montevideo), 22 de diciembre de 1898.
- ²⁰ DOBRININ, 'Francisco Piria'.
- ²¹ *El Día*, 22 de diciembre de 1911.
- ²² <http://www.maldonado.gub.uy/piriapolis.uhp> y <http://www.gasallainmobiliaria.com/piriahistoria.htm> 23 de septiembre de 2007.
- ²³ Carta de Francisco Piria a Francisco Mesa, 12 de junio de 1933, www.puntadeleste.com/informaciones_generada/informacion_item8.asp 23 de septiembre de 2007.
- ²⁴ *El Día*, 11 de enero de 1934.
- ²⁵ *El Día*, 2 y 11 de enero de 1934.

-
- ²⁶ MARTÍNEZ CHERRO (2007), pp. 71-4; SMITH, J., y WALTON, J.K. (1994), 'The rhetoric of community and the business of pleasure: the San Sebastián waiters' strike of 1920', *International Review of Social History* 39, pp. 1-31. Véase también TANI, R., 'Francisco Piria: Uruguay 2098 ¿un mundo feliz?', http://letras.uruguay.espaciolatino.com/tani/francisco_piria.htm y ROSSA L. M. y TANI, R., 'Francisco Piria: etnógrafo del futuro', <http://www.unesco.org.uy/bhsdocspdf.armado.05.asp> 23 de septiembre de 2007.
- ²⁷ DOBRININ, 'Francisco Piria'.
- ²⁸ BALDUCCI, V. (dir.) (2005). 'Architettura per le Colonie di Vacanza. Esperienze Europee.' Congreso que tuvo lugar en Cervia, Italia, 2005; GRA Y, Fred (2006), pp. 293-5; PASTORIZA, E. (2003). 'El ocio peronista: la conquista de las vacaciones. El turismo social en la Argentina', en VV. AA., *Fiesta, Juego y Ocio*. Editorial Universidad Salamanca, pp. 383-420.
- ²⁹ BBK (2000), sin paginación.
- ³⁰ BBK (2000).
- ³¹ BBK (2000).
- ³² BEASCOECHEA GANGOITI, J. M. (2002). 'Veraneo y urbanización en las playas de la costa cantábrica durante el siglo XIX', *Historia Contemporánea* 25, pp. 181-202.
- ³³ GRA Y, F. (2006), p. 295.
- ³⁴ BBK (2000).
- ³⁵ OGILVIE DE MILLE (1996), p. 7.
- ³⁶ CHASE, L. (2005). 'Public beaches and private beach huts: a case study of inter-war Clacton and Frinton, Essex', en WALTON, J.K. (ed.), *Histories of Tourism*. Clevedon: Channel View Publishing, pp. 211-27.
- ³⁷ OGILVIE DE MILLE (1996).
- ³⁸ WALTON, John K. (1983). *The English Seaside Resort: a Social History, 1750-1914*. Leicester: Leicester University Press.
- ³⁹ OGILVIE DE MILLE (1996).
- ⁴⁰ ESHER (2004). Una bibliografía de libros y artículos tratando de Williams -Ellis y Portmeirion se encuentra en: <http://www.virtualportmeirion.com/pbib.htm> 17 de septiembre de 2007.
- ⁴¹ WILLIAMS-ELLIS (1973); <http://www.portmeirion-village.com> 24 de septiembre de 2007; <http://www.beautifulbritain.co.uk/html/outandabout/portmeirion.htm> 25 de septiembre de 2007.
- ⁴² MARTINEZ CHERRO (2007), pp. 68-76, comenta las relaciones entre Piria y sus obreros y dependientes.
- ⁴³ OGILVIE DE MILLE (1996), pp. 24-5.
- ⁴⁴ BBK (2000).
- ⁴⁵ WILLIAMS-ELLIS (1973), p. 6.
- ⁴⁶ OGILVIE DE MILLE (1996).